

—Me quedo por un tiempo, pero solo hasta terminar el proyecto —dijo convencida.

Andreu se sorprendió de que accediera sin más. Había desestimado su proceder, había creído que su proyecto estaba fallido y ahora ella accedía sin pretensiones, sin plazo para su marcha. Se rendía. Claudicaba.

—Nos vemos en media hora. El desayuno está preparado —dijo saliendo de la habitación.

Beth no pudo verle la cara de satisfacción cuando cerró la puerta de la habitación.

Andreu recorría el pasillo con paso firme mientras se felicitaba. Había dado con la mujer adecuada. No todas servían.

Él buscaba algo específico: una mezcla de necesidad y vacío.

Mujeres que aún no sabían quiénes eran. Él tenía el don de «completarlas». Y ahí estaba Beth. Sonrió con vehemencia. Él seguía siendo el artífice de su obra.

De pronto frenó sus pasos; la alegría se evaporó.

Un extraño presentimiento se alojó en su mente. Algo no encajaba.

El pasillo parecía más largo de lo habitual. Las luces del techo emitían un zumbido tenue, casi orgánico, como si respiraran detrás de las placas blancas. Andreu avanzó sin darle importancia. Conocía aquel edificio mejor que nadie. Cada puerta. Cada sombra. Cada rincón donde una conversación podía convertirse en una confesión.

Sin embargo, al alejarse de la habitación de Beth...

Desanduvo sus pasos.

La puerta de la habitación estaba entreabierta. Una grieta oscura separaba la madera del marco.

Él estaba seguro de haberla cerrado. Empujó lentamente.

El dormitorio estaba vacío. La cama, intacta. La ventana cerrada. El aire inmóvil.

¡Beth! —llamó.

No hubo contestación. Y aun así, tuvo la sensación de que alguien seguía allí.

Recorrió la habitación, el vestidor y el cuarto de baño.

¡Beth! —volvió a exclamar.

No hubo respuesta. Andreu recorrió la estancia con la mirada. Entonces vio algo sobre el escritorio.

Un cuaderno. Era el diario de Beth. Lo abrió.

Las primeras páginas estaban llenas de notas dispersas, pensamientos inconexos, dibujos... Nada extraño.

Pasó otra página. Luego otra. Y sintió cómo una corriente helada le recorría la espalda.

Las frases hablaban de él. No de manera directa. No aparecía su nombre. Pero hablaban de una presencia. De una voz que se deslizaba entre los pensamientos de la mujer. De alguien que la observaba. Que moldeaba. Que vaciaba.

Andreu frunció el ceño.

Siguió leyendo. Las últimas entradas eran distintas. Más precisas. Más inquietantes: «Hoy lo vi.» «No estaba donde debía estar.» «No proyectaba sombra.»